

TENSIONES ENTRE LITERATURA Y PSICOANÁLISIS — LOS CELOS DE FREUD FRENTE A SU «DOBLE», ARTHUR SCHNITZLER¹

Patricia CIFRE WIBROW

Universidad de Salamanca

1 Vecindades imprevistas

La aparición del psicoanálisis sacó a relucir vecindades imprevistas entre la literatura y la medicina, creando una nueva zona de confluencia de saberes y formas de representación que, al propio tiempo que ampliaba el espectro de lo pensable, daba lugar a fuertes roces interdisciplinares, rompiendo la sintaxis anteriormente establecida entre las disciplinas y cambiando lo que Foucault denominó su «ley interior, la red secreta según la cual se miran unas a otras...» (1989: 5).

Aquí vamos a acercarnos a las aporías epistemológicas que surgen de esta vinculación interdisciplinar a través del estudio de las relaciones harto ambivalentes entabladas entre Sigmund Freud (1856-1939) y el médico-literato Arthur Schnitzler (1862-1931), considerado como el inventor del monólogo interior libre dentro del ámbito de la literatura en lengua alemana. La fascinación con la que estos dos escritores y hombres de ciencia se contemplan, la susceptibilidad con la que reaccionan frente a los paralelismos que detectan entre sus respectivas obras van a ser leídas como manifestación de una «anxiety of influence» focalizada no ya tanto en la obra del otro, cuanto en la tradición discursiva en la que esta se inscribe, una tradición percibida al mismo tiempo como propia y ajena.

A través del *close reading* de algunos textos escogidos (sobre todo las cartas de Freud a Schnitzler y los diarios de este) se tratará de sacar a relucir la profunda ambivalencia con la que cada uno de estos dos hombres, tan centrales en la cultura de la Viena de Fin de Siglo, se enfrentan a las delimitaciones vigentes en ese momento entre las ciencias naturales y las humanas. A pesar de la valentía con la que plantan su tienda en el terreno fronterizo que media entre «ciencia» y «espíritu», ninguno de ellos puede evitar experimentar un profundo desasosiego frente a lo que aún no pueden por menos de percibir como una violación de los límites de su campo. Sobre todo Freud se muestra obsesionado por ocultar una familiaridad que en caso de salir a la luz le perjudicaría gravemente a los ojos de una comunidad científica formada en el más estricto positivismo.

¹ Este trabajo ha sido realizado en el marco del Proyecto de Investigación «ILICIA. Inscripciones literarias en la ciencia», financiado por la Junta de Castilla y León (Ref. SA021A11-1).

En lo personal este mutuo recelo se manifiesta a través de unas relaciones altamente ambivalentes, que en el caso de Freud aparecen conectadas con lo que él mismo denominó su «reluctancia frente al doble», reluctancia focalizada aparentemente en la persona de Schnitzler, pero que, como se tratará de argumentar aquí, proviene en última instancia de la inseguridad epistemológica generada por el carácter marcadamente interdisciplinar del psicoanálisis, y más concretamente, por la conciencia que tiene Freud de la deuda que su técnica analítica mantiene con la Hermenéutica.

2. (Des)encuentros

Aunque a partir de la muerte de su padre en 1893 Schnitzler se dedica cada vez más exclusivamente a la literatura, lo cierto es que tanto él como Freud parten de una formación médica casi paralela. Han estudiado en la misma facultad e inician, aunque en distintos momentos, su especialización en psiquiatría en el Hospital Central bajo la dirección del famoso psiquiatra Theodor Meynert, interesándose muy particularmente por la hipnosis, técnica que ambos llegan a dominar a la perfección, pero que más tarde abandonan. Comparten amigos y conocidos² y por supuesto se leen. En sus diarios, Freud alude ya en 1887 a la recensión de Schnitzler sobre su traducción de las *Leçons du Mardi* de Charcot y sigue con atención la evolución de ese joven escritor que explora con tal conocimiento de causa el inconsciente de sus personajes. A lo que Freud no alude curiosamente es a los espectaculares experimentos llevados a cabo por Schnitzler con la hipnosis, a pesar de que estos le granjearon gran atención pública³. Tampoco encontramos en sus textos mención alguna del trabajo de Schnitzler acerca del tratamiento de la afonía funcional a través de la sugestión y la hipnosis (*Über funktionelle Aphonie und deren Behandlung durch Hypnose und Sugestion*, 1889), lo cual parece indicar que su interés se circunscribió desde el principio a la faceta del otro como escritor. Schnitzler, por su parte, lee todo cuanto escribe el psicoanalista, manteniéndose, sin embargo, escéptico frente a aspectos fundamentales de su teoría. De ello dan fe sus diarios, recopilados a lo largo de más de cincuenta años, entre 1879 y 1931, y en donde aparecen documentadas sus reticencias frente a la tendencia freudiana a la «generalización» y a la «sobredeterminación» (Schnitzler, 1993: 343). Por esto, aun cuando escribe sus textos desde un perfecto conocimiento de la teoría psicoanalítica, Schnitzler nunca se limita a *ilustrar* una serie de teorías preconcebidas, sino que más bien parece revisarlas a la luz de sus propias experiencias e intuiciones, llegando a adelantarse a Freud en cuestiones tales como su rechazo de la hipnosis como procedimiento analítico o en su concepción de lo que él denomina el «Mittelbewusstsein» (comparable al preconsciente freudiano). Esta independencia intelectual ha sido remarcada por casi todos los trabajos dedicados a analizar la impronta psicoanalítica de su obra (Kuttenberg, 2007; Stiles, 2004; Fliedl, 2003; Furst, 2003; Worbs, 2003; Michael, 2001; Knoblen-Wauben, 1990; Alexander, 1980; Beharriell, 1953).

² Freud conocía bien al hermano de Schnitzler, Julius Schnitzler, un prestigioso cirujano, que era además amigo de Theodor Reik.

³ Con sus experimentos Schnitzler demostraba, por ejemplo, cómo bajo el efecto de la hipnosis sus pacientes podían someterse a pequeñas intervenciones quirúrgicas como la extracción de una muela sin experimentar dolor.

Habida cuenta la fascinación con la que cada uno de estos dos hombres sigue la trayectoria del otro, no deja de resultar significativo el hecho de que el primer encuentro entre ellos no se produzca hasta 1922, siendo ya sexagenarios. Mantener esta equidistancia en un mundo tan densamente tejido como el de la intelectualidad vienesa de fin de siglo, viviendo durante años a tan solo unos minutos de distancia en el mismo *Bezirk*, debió de entrañar una callada complicidad, extremo este confirmado por Freud en su famosa carta del 14 de mayo de 1922, en donde confiesa que lleva años torturándose con la pregunta del porqué de semejante estrategia de evitación por su parte:

Quiero hacerle una confesión que espero tenga la amabilidad de no referir a ningún amigo ni conocido por consideración a mí. Y es que con frecuencia me he torturado con la pregunta de por qué en todos estos años no he intentado nunca entablar relación con usted a fin de mantener una conversación (esto sin entrar en la cuestión de si usted hubiera visto o no con buenos ojos dicho acercamiento).

La respuesta a esta cuestión conlleva la confesión que a mis ojos resulta demasiado íntima. Creo que le he evitado debido a una especie de reluctancia al doble. No es que por lo común tenga por costumbre identificarme hasta tal punto con otros, ni tampoco se me oculta la diferencia de talento que me separa de usted, mas al internarme en sus bellas creaciones he creído encontrar tras la bella apariencia los mismos presupuestos, intereses y conclusiones que tengo por míos. Tanto su determinismo como su escepticismo —que la gente suele llamar pesimismo—, su emoción ante la verdad del inconsciente, ante la naturaleza pulsional del ser humano, su distanciamiento frente a las convencionales culturales, la fijación de sus pensamientos en la polarización entre amor y muerte, todo esto me conmovía con una familiaridad inquietante. (En un pequeño texto del año 1920, titulado «Más allá del principio del placer», he intentado analizar Eros y Thanatos como fuerzas primigenias cuyo antagonismo está en la base de todas las cosas de la vida.) Así he llegado a forjarme la idea de que usted ha llegado a través de la intuición —o más bien a través de una lúcida autopercepción— a todo aquello a lo que yo he accedido trabajosamente a través del minucioso trabajo con otras personas. Sí, creo que en el fondo de su naturaleza es usted un explorador del inconsciente, tan veraz y arrojado como el que más. (Freud, 1968: 356-358; trad. propia.)

La petición de confidencialidad con la que Freud inicia su carta da a entender ya desde el primer momento que se dispone a desvelar algo que ha permanecido oculto y que en cierto modo lo compromete, impresión esta que no tarda en verse confirmada cuando a renglón seguido alude a su percepción de Schnitzler como «doble» y confiesa que el sentimiento de familiaridad que experimenta frente a los paralelismos detectables entre sus obras le resulta profundamente inquietante («todo esto me conmovía con una familiaridad inquietante», dice). A partir de ahí no puede haber duda de que Freud se está sometiendo a sí mismo a análisis, y esto en presencia de un extraño: a través de su confesión está tratando de cortarse toda posible vía de retirada mediante la creación de un «fait accompli». El hecho de solicitar la complicidad de alguien a quien teme parece indicar que Freud se halla convencido de que su miedo al doble permanece ligado a una poderosa resistencia psíquica que no puede vencer solo y que sin embargo podría volverse nociva de no salir a la luz.

La premura con la que Schnitzler sale a su encuentro nada más recibir la carta parece indicar que también él la interpreta como una petición de ayuda. Así lo confirman sus diarios, aunque no sea más que muy indirectamente, a través del trato marcadamente discreto que dan al asunto. Y es que en esta entrada en particular, Schnitzler, habitualmente tan prolijo, se muestra extremadamente parco en detalles, no aludiendo más que muy brevemente, entre paréntesis y a través de una referencia casi crítica, al intercambio epistolar que precipita el encuentro que finalmente tendrá lugar entre ambos:

«(Seine Gratul. zu meinem Geburtstag, meine Antwort, seine Einladung)» (1993: 18)⁴. Se trata de un comentario que nada revela al lector indiscreto, pero que sirve de recordatorio a su autor, demostrándonos que para Schnitzler la toma de contacto iniciada por parte de Freud constituye un hecho relevante, digno de ser registrado. La descripción que hace a continuación de la velada transcurrida en casa de los Freud resulta asimismo muy significativa, sobre todo debido al contraste que cabe observar entre la minuciosa relación que ofrece de los temas tratados *durante* la cena y la reserva con la que alude a los contenidos sobre los que versó la conversación *al final* de la misma, cuando Freud acompañó a su invitado de vuelta a casa. Aquí el diarista se limita a señalar que el tono se hizo «más privado y más íntimo» (1993: 18), comentario que dice mucho y poco a la vez, pues, por un lado, no esclarece nada, pero por otro, da a entender que fue entonces cuando finalmente se abordó, ya sin testigos, el asunto que ambos debían tener *in mente*. Y además parece indicar que estamos nuevamente ante materiales clasificados, tal y como exigía Freud en el encabezamiento de su carta.

A este primer encuentro le seguirán algunos otros —el 16 de agosto sin ir más lejos—, pero ello no redundará en un verdadero acercamiento, sino en una nueva toma de distancia. Y ahora es Schnitzler quien manifiestamente rehúye al otro a pesar de que su interés por el psicoanálisis se ha reavivado: está leyendo la recopilación de conferencias que le regaló Freud, vuelve a soñar más y a consignar cuanto sueña (1993: 321) y, lo que es quizás más importante, concibe el proyecto de retomar la técnica literaria desarrollada en su día en *Leutnant Gustl* (1900) para narrar la historia de una muchacha que presenta un perfil que con frecuencia ha sido comparado al de Dora, la protagonista de uno de los casos clínicos más famosos de Freud, *Fragmento de análisis de una histeria* (1905). Sus diarios nos proporcionan la fecha exacta en el que, después de madurarlo a lo largo de varias semanas, comienza con la redacción de *Fräulein Else*, el 14 de diciembre de 1922 (Schnitzler, 1993: 389). Y sin embargo, dos semanas más tarde Schnitzler rechaza la oferta de un nuevo encuentro con Freud. Esto sucede el 28 de diciembre, cuando en el transcurso de un encuentro casual, un discípulo de Freud, el Doctor Asch, le comenta que este no deja de hablar de él, manifestando un vivo deseo de conocerlo mejor (Schnitzler, 1993: 395). Lejos de aceptar esta propuesta larvada, Schnitzler prefiere dejar que la relación se vaya enfriando de nuevo hasta quedar reducida a un educado y ceremonioso intercambio de notas y libros recién publicados. Y todo ello, como nos confirma su diario, no debido a una falta de interés, sino debido a un interés *excesivo*: «Toda su forma de ser volvió de nuevo a atraerme y sentí una cierta tentación de conversar con él acerca de los bajíos inherentes a mi creación (y a mi vida) —cosa que sin embargo prefiero evitar...» (1993: 344).

3. El miedo al «doble»

Al analizar la carta en la que Freud se refiere a su «reluctancia frente al doble», resulta fundamental reparar en el hecho de que la fórmula usada para aludir a sus sentimientos ambivalentes, hablando de una «familiaridad inquietante» (de una «unheimliche Vertrautheit»), remite directamente

⁴ «(Sus felicitac. por mi cumpleaños, mi respuesta, su invitación.)»

a su ensayo sobre *Das Unheimliche* publicado tan solo tres años antes (en 1919). Traducido al castellano habitualmente como «Lo siniestro», dicho texto arranca con una reflexión acerca del carácter profundamente contradictorio del término «heimlich», proveniente de «Heim» (que significa ‘casa’ u ‘hogar’), y referido, por tanto, al ámbito de máxima protección y seguridad, pero cuya forma derivada de «heimlich» alude, no obstante, a lo ‘secreto’ y ‘clandestino’. Freud explica esta aparente contradicción citando a Schelling, para quien lo siniestro es «todo lo que, debiendo permanecer oculto, no obstante, se manifiesta» (Hoffmann, 2001: 17). A partir de ahí, argumenta que lo más ominoso es justamente lo familiar una vez que se vuelve extraño, ilustrando esta idea a través de la figura del doble, el *Doppelgänger*, cuyo carácter potencialmente desestabilizador provendría a su juicio del hecho de que perturba la autopercepción del yo, desdibujando los límites entre el adentro y el afuera, entre lo propio y lo ajeno, de tal suerte que lo que inicialmente aparece como una *duplicación* finalmente se revela como una *división* amenazadora de la propia integridad. El carácter inquietante de todo *alter ego* provendría, según esto, del hecho de que amenaza con despojar al yo de una parte fundamental de su identidad, ya sea enfrentándolo a una versión mejor de sí mismo (en cuyo caso estaría actuando como una especie de *superego* o instancia autocrítica), o bien apareciéndosele como encarnación de deseos o posibilidades vitales no realizadas:

La existencia de semejante instancia susceptible de tratar al resto del yo como si fuera un objeto, o sea la posibilidad de que el hombre sea capaz de autoobservación, permite que la vieja representación del «doble» adquiera un nuevo contenido y que se le atribuya una serie de elementos: en primer lugar, todo aquello que la autocrítica considera perteneciente al superado narcisismo de los tiempos primitivos.

Pero no solo ese contenido ofensivo para la crítica yoica puede ser incorporado al «doble», sino también todas las posibilidades de nuestra existencia que no han hallado realización y que la imaginación no se resigna a abandonar (Hoffmann, 2001: 24).

Freud no aclara qué parte de su personalidad es la que se ve más amenazada por dicha reduplicación; si la figura del doble actúa en su caso como recordatorio de deseos no realizados —de un talento literario no explorado o incluso parcialmente reprimido—, o si más bien saca a relucir algo que quisiera mantener oculto. Lo que sí cabe constatar es que, aun coqueteando ocasionalmente con la idea de que su trayectoria bien pudiera haberse decantado del lado de la literatura, ello no constituye un motivo recurrente en su obra, mientras que el temor al desprestigio que pudiera derivarse de una cercanía excesiva para con lo literario la atraviesa como un hilo rojo. A Fliess le confiesa en una carta del 11 de septiembre de 1899 que no logra evitar incurrir en un estilo rebuscado, plagado de imágenes y complicadas paráfrasis, y que, aun deseándolo fervientemente, no consigue librarse de esta pulsión literaria, porque es consciente de que surge de la parte más productiva de sí mismo: «la parte de mí que lo sabe y lo desapueba no es, por desgracia, la más productiva», observa (Rey, 1977: 304). Confesiones de este mismo tenor las encontramos también en sus textos científicos. Así, por ejemplo, cuando en el historial clínico sobre la Señorita Isabel de R. se refiere al malestar que experimenta al comprobar que sus estudios clínicos se prestan a ser leídos como *Novellen*: «me causa singular impresión el comprobar que mis historiales clínicos se leen como “Novellen” y carecen, por decirlo

así, del severo sello científico, y presentan más bien un aspecto literario» (Freud, 1969: 134)⁵. Y en el prólogo de *Fragmento de análisis de una histeria* de 1905 afirma con evidente disgusto que «hay —al menos en esta ciudad- muchos médicos que (cosa bastante repugnante) querrán leer un caso clínico de esa índole como una novela con clave destinada a su diversión y no como una contribución a la psicopatología de las neurosis» (Freud, 1992: 8).

Lo que se expresa ya en estos textos tan tempranos es la disposición de Freud a renunciar a su doble perfil científico-literario si este es el precio a pagar por el reconocimiento del psicoanálisis como ciencia. De ahí su irritación frente a quienes insisten en sacar a relucir aquello mismo que él se esfuerza por negar. Cuando tales propuestas provienen de escritores como André Breton se limita a reaccionar con displicencia, pero cuando son sus compañeros de profesión los que aluden a una supuesta vena literaria, Freud se muestra extremadamente molesto y llega a perder los estribos: «Freud was rather indignant (perhaps a suspicious circumstance!) when I once told him he was an artist. But he is an artist!», comenta en 1917 el psiquiatra Haverlock Ellis, al que por supuesto no pasa desapercibido el carácter sintomático de semejante reacción (Schönau, 1968: 10). En el fondo lo que sale a relucir aquí es la posición extremadamente ambivalente de Freud frente a la literatura. Sin dejar nunca de apoyarse en ella, evita con cuidado creciente referirse a los escritores que más lee. A pesar de que sus cartas a Hugo von Hofmannsthal, Thomas Mann, Stefan Zweig, Hermann Hesse denotan un perfecto conocimiento de su obra, no los cita jamás. Y a Schnitzler, a quin tan presente tiene, no lo menciona más que marginalmente en cuatro ocasiones (Illner, 1994: 20). Sus referentes son los clásicos: Goethe, Schiller, Shakespeare, Dostoievski, Sófocles, probablemente porque puede servirse de ellos sin incurrir en deuda alguna. *El delirio y los sueños en la Gradiva* de Jensen constituye la gran excepción al respecto.

Dicha estrategia, consistente en encerrar la literatura de su tiempo en un compartimento estanco, podría formar parte del mismo complejo que la «anxiety of influence» manifestada frente a Schnitzler. No hay que olvidar que los escritores como Hugo von Hofmannsthal, Thomas Mann, Hermann Broch y un largo etcétera comienzan a volcarse mucho antes que la comunidad científica en la teoría psicoanalítica, usándola para sus propios fines e incurriendo en toda suerte de simplificaciones. Lejos de representar una ayuda, este tipo de divulgación literaria resulta contraproducente para el fundador del psicoanálisis, que debe observar cómo los literatos consiguen con ellas, y en parte gracias a ellas, un éxito que a él se le escapa. Es lógica, por tanto, su actitud de recelo. Hubiera sido de esperar, empero, que tales reticencias se fueran diluyendo a medida que Freud fue saliendo, sobre todo a partir de la Primera Guerra Mundial, de su ostracismo. Su carta a Schnitzler de 1922 parece indicar lo contrario. A pesar de que la fama de Schnitzler está comenzando a declinar, mientras que la suya propia no deja de crecer exponencialmente, Freud sigue mostrándose fascinado por la problemática del «Doppelgänger». Es posible que su carta nunca hubiera sido enviada de no ser porque dicho complejo está ya casi superado, pero aun así demuestra que la problemática sigue ahí, activa al menos en parte,

⁵ «[...] es berührt mich selbst noch eigentümlich, daß die Krankengeschichten, die ich schreibe, wie Novellen zu lesen sind, und daß sie sozusagen des ernstesten Gepräges der Wissenschaftlichkeit entbehren» (*Studien über Hysterie*).

como, de hecho, lo confirma también su ensayo sobre lo siniestro (*Das Unheimliche*) de 1919. Ello parece indicar que dicho complejo no está ligado tan solo a un sentimiento de rivalidad concreto, sino a un miedo más difuso, derivado de la conciencia que tiene de las penalizaciones que sufren quienes osan traspasar los límites disciplinares establecidos entre las letras y las ciencias. A través del miedo al doble se expresa, pues, también el temor de Freud a caer en dicho abismo, en el abismo que media entre lo científico y lo no-científico, entre la literatura, el psicoanálisis y las «Geisteswissenschaften».

Y, efectivamente, en sus cartas a Schnitzler el miedo al doble («Doppelgängerangst») aparece vinculado a una preocupación casi obsesiva por el posicionamiento de su obra en relación con dicha frontera interdisciplinar. Esto se pone de manifiesto ya en el primer intercambio de notas con motivo de la felicitación de cumpleaños que Schnitzler le enviara a Freud en 1906, a raíz de su cincuenta cumpleaños. En su carta de respuesta, en la que agradece los cumplidos recibidos, Freud hace gala de una argumentación tan retorcida que llega a invertir el sentido del texto, convirtiendo un gesto de acercamiento en una toma de distancia:

Desde hace muchos años soy consciente de las profundas coincidencias que existen entre la forma en la que ambos concebimos algunos problemas psicológicos y eróticos y, de hecho, recientemente me armé del valor necesario para aludir expresamente a una de esas coincidencias... Con frecuencia me he preguntado sorprendido de dónde ha podido sacar usted tal o cual conocimiento secreto, que yo alcancé a través de un trabajoso análisis del objeto, y finalmente llegué a envidiar al escritor que hasta este momento había admirado.

Imagínese cuál no sería mi alegría, hasta qué punto me sentí halagado me sentí al recibir la nota en la que me asegura que también usted ha encontrado inspiración en mis textos (Carta del 8 de mayo de 1906. Freud 1968: 266-267; trad. propia)⁶.

Freud comienza su carta confesándose halagado al comprobar que también Schnitzler «ha encontrado inspiración» en sus textos. Después de referirse a las «profundas coincidencias» que «desde hace años» detecta entre sus propios planteamientos y los del literato, se apresura, no obstante, a remarcar lo que los separa, destacando la científicidad de sus propios métodos frente al carácter «intuitivo» del otro. Y no contento con ello, hace un sutil intento por tergiversar la biografía de Schnitzler, preguntándose asombrado acerca del posible origen de sus «conocimientos secretos», como si no supiera de sobra que provienen de la formación médica de su supuesto doble. Su intención primordial no es, pues, la de establecer un parentesco, sino más bien la de resaltar las *diferencias* que los separan. De lo que se trata en último término es de desplazar al otro del lugar liminar que ocupa entre la literatura y el psicoanálisis, y de alejarse también él de este límite, estrategia que se repite dieciséis años más tarde en la ya citada carta de 1922, en donde, tras expresar su convencimiento de que Schnitzler ha llegado a una penetración psicológica similar a la suya, Freud continúa señalando que en el caso del literato este conocimiento ha sido alcanzado por el camino de la *intuición*, mientras

⁶ «Seit vielen Jahren bin ich mir der weitreichenden Übereinstimmung bewusst, die zwischen Ihren und meinen Auffassungen mancher psychologischer und erotischer Probleme besteht und kürzlich habe ich ja den Mut gefunden eine solche ausdrücklich hervorzuheben... Ich habe mich oft verwundert gefragt woher Sie diese oder jene geheime Kenntnis nehmen könnten, die ich mir durch mühselige Erforschung des Objekts erworben und endlich kam ich dazu, den Dichter zu beneiden, den ich sonst bewundert. / Nun mögen Sie erraten, wie sehr mich die Zeilen erfreut und erhoben in denen Sie mir sagen, daß auch Sie aus meinen Schriften Anregung geschöpft haben».

que él ha seguido una vía *estrictamente analítica* («usted ha llegado a través de la intuición —o más bien a través de una lúcida autopercepción— a todo aquello a lo que yo he accedido trabajosamente a través del minucioso trabajo con otras personas»). El objetivo perseguido no es, pues, como afirma, el de acortar distancias, sino el de agrandarlas artificialmente, ubicándose, y ubicando al otro, en campos contrarios netamente delimitados. Con tal fin, Freud no duda en obviar algo en lo que suele insistir siempre que reflexiona acerca de la formación del psicoanalista, a saber, que también él extrae algunas de sus intuiciones más valiosas de la autoobservación, y que la intuición es también para el psicoanalista una herramienta de trabajo fundamental (Freud, 1974: 2454).

4. Delimitaciones entre literatura y psicoanálisis

Esta contraposición entre un discurso estético, más intuitivo, y la ciencia como forma superior de saber reaparece, de forma más o menos explícita, en sus textos más teóricos sobre las relaciones entre literatura y psicoanálisis. En ellos Freud tiende a caracterizar la literatura valiéndose de los mismos criterios epistemológicos que le llevan a juzgar el rito y el mito en términos de error, como manifestaciones propias de civilizaciones menos avanzadas. Aunque de forma velada, también la literatura es presentada como un discurso más elemental y más simple que el científico, un discurso que no sigue un método científico sino intuitivo. Y es que los escritores no reflejan, según Freud, el inconsciente más que *intuitivamente*, sin llegar a comprenderlo racionalmente: «Los poetas y los filósofos han descubierto el inconsciente antes que yo», admite, pero a continuación subraya: «lo que yo he descubierto es el método científico que permite estudiar el inconsciente» (Lahuerta, 1989: 19). También es diferente, a su entender, el vínculo entablado con la realidad, puesto que la ciencia busca comprender el mundo real y actuar sobre él, mientras que la literatura crea un mundo imaginario, un simulacro encaminado a atenuar la crudeza de lo real y compensar al escritor de las frustraciones provocadas por la realidad: «el poeta hace lo mismo que el niño que juega: crea un mundo fantástico y lo toma muy en serio», escribe en su ensayo sobre «El poeta y los sueños diurnos» (1987: 1343). De ahí que las técnicas más específicamente literarias sean, a su entender, aquellas que permanecen orientadas a aplicarle un corrector a la realidad, técnicas como la «Milderung» (el atenuamiento), la «Verhüllung» (el velamiento u ocultamiento), la «Verkleidung» (el disfraz), tendientes todas ellas a cubrir los objetos representados con un velo, introduciendo un momento de indeterminación en la representación⁷.

Y es importante notar que para Freud esta indeterminación no constituye un mérito, sino una lacra: la supremacía del psicoanálisis frente a la literatura radica para él precisamente en ese su mayor grado de explicitud. Esto ha sido analizado con gran brillantez por Jean Starobinski en su libro *La relación crítica (Psicoanálisis y literatura)*, en donde argumenta que para Freud solo el psicoanalista cuenta con la metodología necesaria para analizar la constelación psíquica de la que surge el acto

⁷ Véase al respecto el artículo de Jean-Michel Rey, G. W. Most y James Hulbert «Freud's Writing on Writing», *Yale French Studies*, 55/56, *Literature and Psychoanalysis. The Question of Reading: Otherwise* (1977), pp. 301-328.

creativo, motivo por el cual solo él está en condiciones de traducir a términos racionales lo que se esconde tras las imágenes y los símbolos literarios (Starobinski, 1974: 210-211).

Con esto Freud no solo pretende dejar establecida la superioridad del psicoanalista frente al escritor, sino también frente al crítico literario, pues desde el momento en que entiende el acto de leer e interpretar como una destreza orientada a sacar a la luz un significado predeterminado, directamente ligado a la intención del autor, tiende a valorar las diferencias entre unas y otras interpretaciones como una señal de insuficiencia⁸. Habitualmente este convencimiento queda amortiguado por el reconocimiento de su propia falta de competencia en la materia. No así en su ensayo sobre «El “Moisés” de Miguel Ángel», en donde opina que la multitud de interpretaciones contradictorias generadas por obras como el *Hamlet* de Shakespeare constituyen una prueba irrefutable de la incompetencia crítica:

Consideremos ahora, por ejemplo, el *Hamlet*, una de las obras maestras de Shakespeare, representada por vez primera hace más de trescientos años. Examinadas las investigaciones psicoanalíticas de que se ha hecho objeto a esta obra cumbre de la literatura dramática, soy de la opinión que sólo el psicoanálisis ha conseguido resolver el enigma del efecto que la misma produce al referir su argumento al tema de Edipo. Pero antes ¡qué multitud de tentativas de interpretación, incompatibles entre sí, y qué diversidad de opiniones sobre el carácter del protagonista y las intenciones del autor! ¿Qué ha querido presentarnos Shakespeare? ¿Un enfermo, un insuficiente, o un idealista demasiado bueno para el mundo real? ¡Y cuántas de estas interpretaciones nos dejan completamente fríos, puesto que en nada contribuyen a la explicación del efecto de la obra.... (Freud, 2010: 80)

Así y todo, no puede haber duda de que Freud es consciente de la deuda que mantiene para con la crítica hermenéutica, tan potente en su ámbito cultural. Sabe que, al igual que el crítico literario, también el psicoanalista actúa frente a los relatos de vida de sus pacientes como un exégeta, palpando la superficie de los textos para tratar de detectar las complejas articulaciones que gobiernan su estructura profunda, haciendo lo posible por localizar los nódulos formados por el entrecruzamiento de los hilos discursivos a través de las cuales se adensa el sentido, buscando comprender a partir de ahí las leyes de su organización interna. Y en este movimiento de avance desde la estructura superficial a la profunda llega un punto en que tanto el analista como el crítico literario deben abandonar el terreno seguro del análisis para saltar hacia la interpretación. Freud trata de contrarrestar la inquietud que ello le causa, insistiendo en que, en el caso del psicoanálisis, la cura del paciente viene a confirmar la habilidad del analista para leer e interpretar correctamente el texto configurado por su sintomatología. Pero este criterio de falibilidad, del que carece la crítica literaria —y Freud insiste en ello (2002: 119)—, no es suficiente para contrarrestar el hecho de que tampoco el psicoanalista produce en último término más que conjeturas e hipótesis de sentido. Y Freud lo sabe. Esto es, de hecho, lo que con tanto

⁸ Ni qué decir tiene que semejante reduccionismo estético provocó reacciones airadas dentro del campo de las artes y de las humanidades. En su artículo «Psychoanalyse in der modernen Literatur seit Freud», Thomas Anz ha recopilado el argumentario urdido por algunos de los escritores modernos más influenciados por Freud: Hofmannsthal, Musil, Broch, Mann. Leyéndolo todos ellos descubren un mundo, pero al propio tiempo se revuelven contra su tendencia a interpretar la obra literaria como reflejo de la psicología del autor, desatendiendo los aspectos formales. Ello equivale —incluso para un autor tan profundamente influenciado por el psicoanálisis como Hofmannsthal— casi a una profanación: «Tengo a Freud, cuyos textos conozco en su totalidad, [...] por un mediocre redomado, lleno de una autocomplacencia absolutamente provinciana», sentencia Hofmannsthal en una carta (Anz, 2006: 102).

empeño se esfuerza por ocultar: su dependencia de un método de análisis que tiene un fondo subjetivo inevitable, un método que lo vuelca a lo que Foucault denominó en su ensayo *Nietzsche, Freud, Marx* «el abismo de la interpretación» (1970: 28).

Y es esa conciencia de la debilidad intrínseca del psicoanálisis en tanto que interpretación la que lleva a Freud a reafirmarse tanto más insistentemente en su sentido de superioridad frente a la literatura y frente a las humanidades. Detrás de sus elogios a la literatura sale a relucir una constante preocupación por establecer una gradación entre el psicoanálisis en tanto que discurso científico, claro y racional, y todas aquellas formaciones discursivas que, siendo más libres, carecen del mismo grado de rigor y precisión.

Semejante insistencia en la *diferencia* no puede ser tomada, sin embargo, al pie de la letra, debiendo ser leída más bien como expresión invertida de la conciencia de una secreta dependencia, como *demonstración ex negativo* de aquello mismo que niega. Detrás de la posición de superioridad adoptada frente a las humanidades asoma la conciencia de una secreta dependencia, o lo que es lo mismo, una lúcida percepción de los problemas que se deducen de la ubicación del psicoanálisis en un campo percibido como movedizo, difícilmente delimitable, y susceptible de todo tipo de contagios e hibridaciones.

Bibliografía consultada

- ALT, Peter-André / ANZ, Thomas (2008): *Sigmund Freud und das Wissen der Literatur*. Berlin-New York, Walter de Gruyter.
- ALEXANDER, Theodor W. (1986): «A possible Model for Schnitzler's *Fräulein Else*», *Modern Austrian Literature*, 19/3-4, pp. 49-61.
- ANZ, Thomas (2006): «Psychoanalyse in der modernen Literatur seit Freud», en Wolfram MAUSER, ed., *Freuds Aktualität*. Würzburg, Königshausen und Neumann, pp. 97-113.
- BAL, Mieke (1991). *Reading «Rembrandt»: Beyond the World-Image Opposition*. New York, Cambridge UP.
- BEHARRIELL, Frederick (1953): «Schnitzlers Anticipation of Freud's Dream Theorie», *Monatshefte*, 45/2, pp. 81-89; también en *Literatur und Kritik* 2 (1967), pp. 546-555.
- DONNELLY, Mabel Collins (1953): «Freud and literary Criticism», *College English*, 15/3, pp. 155-158.
- DURING, Lisabeth (1997): «Clues and Intimations: Freud, Holmes, Foucault», *Cultural Critique*, 36, (spring), pp. 29-53.
- FLIEDL, Konstanze, ed. (2003): *Arthur Schnitzler im zwanzigsten Jahrhundert*. Wien, Picus Verlag, pp. 51-66.
- FOUCAULT, Michel (1970): *Nietzsche, Freud, Marx*. Barcelona, Anagrama.
- (1989): *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*. México, Siglo XXI.
- FREUD, Sigmund (1968): *Briefe 1873-1939*. Frankfurt, Fischer.
- (1969): *La histeria*. Madrid: Alianza.

- (1974): «Sobre la enseñanza del psicoanálisis en la universidad» en *Obras completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, vol. VII, pp. 2454-2456.
- (1987): «El poeta y los sueños diurnos», en *Obras completas*, Madrid, Biblioteca nueva, vol. IV, pp. 1343-1357.
- (1992): «Fragmento de análisis de un caso de histeria (Dora)», en *Obras completas*, Buenos Aires, Amorroutu, vol VII.
- (2001): «Lo siniestro», en E. T. A. HOFFMANN, *El hombre de arena. Precedido de Lo siniestro por Sigmund Freud*. Palma de Mallorca, Torre de viento.
- (2002): *Escritos sobre la histeria*. Madrid, Alianza.
- (2003): *Autobiografía. Historia del movimiento psicoanalítico*. Madrid, Alianza.
- (2010): *Psicoanálisis del arte*. Madrid, Alianza.
- FURST, Lilian R. (2003): «Girls for sale: Freud's Dora and Schnitzler's Else», *Modern Austrian Literature*, 36/3-4, pp. 19-37.
- GINZBURG, Carlo (1983): «Clues: Morelli, Freud and Sherlock Holmes», en Umberto ECO / Thomas A. SEBEOK, eds., *The Sign of Three: Dupin, Holmes, Peirce*. Indianapolis, Indiana UP, pp. 81-118.
- GRAY, Richart T. (1989): «The Hermeneutic(k) of the Psychic Narrative: Freud's *Das Unheimliche* und Hofmannstahls *Reitergeschichte*», *The German Quarterly*, 62/4, pp. 473-478.
- HERTZ, Neil (1983): «Dora's secrets, Freud's Techniques», *Diacritics*, 13, pp. 65-76.
- ILLNER, Birgit (1994): *Die Kunst der Wissenschaft — Überlegungen zu den Kategorien der Wissenschaft und der Literatur mit Bezugnahme auf die Psychoanalyse im Wien der Jahrhundertwende*. Dissertation, Universität Wien.
- JONES, Ernest (1969): *Leben und Werk*. New York, Fischer.
- KNOBEN-WAUBEN, Marianne (1990): «Ambivalente Konstruktionen der Weiblichkeit. Das Bild der Frau aus der Sicht des Wissenschaftlers Sigmund Freud und des Dichters Arthur Schnitzler», en Guillaume VAN GEMERT / Hans ESTER, eds., *Grenzgänge. Literatur und Kultur im Kontext*. Amsterdam-Atlanta, Rodopi, pp. 279-296.
- KUTTENBERG, Eva (2007): «Soma, Psyche, Corpse, and Gaze: Perception and Vision in Arthur Schnitzler's Early Prose Fiction», *Modern Austrian Literature*, 40/2, pp. 21-42.
- LAHUERTA, Juan José (1989): *1927. La abstracción necesaria en el arte y la arquitectura europeos de entreguerras*. Barcelona, Anthropos.
- LASSALLE, Andrea (2005): *Bruchstück und Portrait. Hysterie-Lektüren mit Freud und Cioux*. Würzburg, Königshausen & Neumann.
- LERSCH-SCHUMACHER, Barbara (1998): «“Ich bin nicht mütterlich”. Zur Psychopoetik der Hysterie in Schnitzlers *Fräulein Else*», *Text und Kritik*, 138-139, pp. 76-88.
- MICHAEL, Nancy C. (2001): *Elektra and her Sisters. Three Female Characters in Schnitzler, Freud and Hofmannsthal*. Frankfurt, Peter Lang.

- NEHRING, Wolfgang (1977): «Schnitzler, Freud's Alter Ego?», *Modern Austrian Literature*, 10/3-4, pp. 179-194.
- POLITZER, Heinz (1963): «Arthur Schnitzler: The Poetry of Psychology», *MLN*, 78/4, German Issue (Oct.), pp. 353-372.
- REY, Jean-Michel / MOST, G. W. / HULBERT, James (1977): «Freud's Writing on Writing», *Yale French Studies. Literature and Psychoanalysis. The Question of Reading*, 55-56, pp. 301-328.
- SCHNITZLER, Arthur (2000): *Fräulein Else*. Frankfurt, Fischer.
- SCHÖNAU, Walter (1968): *Sigmund Freuds Prosa*. Stuttgart, Metzler.
- STAROBINSKI, Jean (1974): *La relación crítica (Psicoanálisis y literatura)*. Madrid, Taurus.
- SEBALD, W. G. (1985): «Das Schrecknis der Liebe. Überlegungen zu Schnitzlers *Traumnovelle*», *Merkur*, 39/2, pp. 120-131.
- STILES, Anne (2004/05): «Physician or Svengali? Sigmund Freud and Arthur Schnitzler or the Ethics of Hypnotic Therapy», *New German Review*, 20, pp. 60-73.
- THOMÉ, Horst (2003): «Die Beobachtbarkeit des Psychischen bei Arthur Schnitzler und Sigmund Freud», en Konstanze FLIEDL, ed., *Arthur Schnitzler im zwanzigsten Jahrhundert*. Wien, Picus Verlag, pp. 51-87.
- (1998): «Arthur Schnitzlers "Reigen" und die Sexualanthropologie der Jahrhundertwende», *Text und Kritik*, 138-139, pp. 102-113.
- WORBS, Michael (2003): «Der Doppelgänger. Anmerkungen zum Glückwunschsreiben Sigmund Freuds anlässlich Arthur Schnitzlers 60. Geburtstags», en Konstanze FLIEDL, ed., *Arthur Schnitzler im zwanzigsten Jahrhundert*. Wien, Picus Verlag, pp. 38-50.